

porque de todas estas virtudes se sirve la caridad, como reina y madre de las virtudes. Mira cómo se goza de sus bienes; cómo le pesa de sus males; cómo los tiene y los siente por suyos propios; cuán grande celo tiene de su honra y de su provecho; con qué devoción ruega siempre á Dios por él, y finalmente cuánto mas cuidado tiene dél que de sí mesma, y cómo es cruel para sí, por ser piadosa para con él. Y si tú pudieras arribar á tener esta manera de corazón para con el prójimo, habrás llegado á la perfección de la caridad, y ya que no puedas llegar aquí, á lo ménos esto debes tener por blanco de tu deseo, y á esto debes siempre enderezar tu vida; porque mientras mas alto pretendieres subir, ménos bajo quedarás.

Y si me preguntas, ¿cómo podré yo llegar á tener esa manera de corazón para con un extraño? A esto respondo que no has de mirar tú al prójimo como á extraño, sino como á imagen de Dios, como á obra de sus manos, como á hijo suyo, y como á miembro vivo de Cristo; pues tantas veces nos predica Sant Pablo que todos somos miembros de Cristo (a), y que por esto pecar contra el prójimo es pecar contra Cristo; y hacer bien al prójimo es hacer bien á Cristo (b). De suerte que no has de mirar al prójimo como á hombre, ni como á tal hombre; sino como al mismo Cristo, ó como á miembro vivo deste Señor; y dado que no lo sea cuanto á la materia del cuerpo, ¿qué hace eso al caso, pues lo es cuanto á la participación de su espíritu, y cuanto á la grandeza del galardón; pues él dice, que así pagará este beneficio, como si él lo recibiera?

Considera tambien todas aquellas encomiendas y encargamientos que arriba pusimos de la excelencia desta virtud, y de lo mucho que por el mismo Señor nos es encomendada; porque si hay en tí deseo vivo de agradar á Dios, no podrás dejar de procurar con summa diligencia una cosa que tanto le agrada. Mira tambien el amor que tienen entre sí parientes con parientes, solo por comunicar en un poco de carne y de sangre, y avergüenzate que no pueda mas en tí la gracia que la naturaleza, y la union del espíritu que la de la carne. Si dices que ahí se halla union y participación en una misma raíz, y en una misma sangre, que es comun á entrambos; mira cuánto mas nobles son las uniones que el Apóstol pone entre los fieles (c); pues todos tienen un padre, una madre, un señor, un bautismo, una fe, una esperanza, un mantenimiento, y un mismo espíritu que les da vida. Todos tienen un padre, que es Dios; una madre, que es la Iglesia; un señor, que es Cristo; una fe, que es una lumbrer sobrenatural en que todos comunicamos, y nos diferenciamos de todas otras gentes; una esperanza, que es una misma heredad de gloria, en la cual seremos todos una ánima y un corazón; un bautismo, donde todos fuimos adoptados por hijos de un mismo padre, y hechos hermanos unos con otros; un mismo mantenimiento, que es el santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo, con que todos somos unidos y hechos una misma cosa con él: así como de muchos granos de trigo se hace un pan, y de muchos granos de uvas un solo vino. Y sobre todo esto participamos un mismo espíritu (que es el Espíritu Santo), el cual mora en todas las ánimas de los fieles, ó por fe, ó por fe y gracia juntamente, y los anima y sustenta en esta vida. Pues si los miembros de un cuerpo (aunque tengan diversos oficios y figuras entre sí) se

(a) Rom. 12. (b) 1. Cor. 12. (c) Ephes. 4.

aman tanto, por ser todos animados con una misma ánima racional (d); ¿cuánto mayor razón será que se amen los fieles entre sí, pues todos son animados con este espíritu Divino, que cuanto es mas noble, tanto es mas poderoso para causar mayor unidad en las cosas donde está? Pues si sola la unidad de carne y de sangre basta para causar tan grande amor entre parientes; ¿cuánto mas todas estas unidades y comunicaciones tan grandes?

Sobre todo esto pon los ojos en aquel único y singular ejemplo de amor que Cristo nos tuvo: el cual nos amó tan fuertemente, tan dulcemente, tan graciosamente, tan perseverantemente, y tan sin interese suyo, ni merecimiento nuestro; para que esforzado tú con este tan notable ejemplo, y obligado con tan grande beneficio, te dispongas segun tu posibilidad á amar al prójimo desta manera; para que así cumplas fielmente aquel mandamiento que este Señor te dejó tan encomendado á la salida deste mundo, cuando dijo (e): Este es mi mandamiento, que os ameis unos á otros, así como yo os amé. Quien demas de lo dicho quisiere saber qué tan grande sea la virtud de la limosna y misericordia para con el prójimo, y cuántas las excelencias della, lea un tratado que desta materia hallará escripto al fin de nuestro libro de la Oración y Meditación.

#### CAPÍTULO XVII.

De lo que el hombre debe hacer para con Dios.

Dicho ya de lo que debemos hacer para con nosotros, y con nuestros prójimos, digamos agora de lo que debemos hacer para con Dios: que es la principal, y la mas alta parte de justicia que hay, á la cual sirven aquellas tres virtudes teologales, fe, esperanza, y caridad, que tienen por objeto á Dios; y la virtud que los teólogos llaman religion, que tiene por objeto el culto de Dios.

Pues con todas las obligaciones que debajo de todas estas virtudes se comprehenden, cumplirá el hombre enteramente, si llegare á tener para con Dios el corazón que tiene un buen hijo para con su padre. De suerte que así como cumple consigo quien para consigo tiene corazón de buen juez, y con el prójimo quien para con él tiene corazón de madre (como ya dijimos); así tambien en su manera cumplirá con Dios quien tuviere corazón de hijo para con él; pues uno de los principales oficios del espíritu de Cristo es darnos esta manera de corazón para con Dios.

Considera pues agora diligentemente el corazón que tiene un buen hijo para con su padre: qué amor le tiene, qué temor y reverencia, qué obediencia, qué celo de su honra, cuán sin interese le sirve, cuán confiadamente acude á él en todas sus necesidades, cuán humildemente sufre sus reprehensiones y castigos, con todo lo demas. Ten tú este mismo corazón para con Dios, y habrás cumplido enteramente con esta parte de justicia.

Pues para tener este corazón, nueve virtudes principalmente me parescen necesarias: entre las cuales la primera y la mas principal es amor, la segunda temor y reverencia, la tercera confianza, la cuarta celo de la honra divina, la quinta pureza de intención en las obras de su servicio, la sexta oración y recurso á él en todas las necesidades, la séptima agradecimiento á sus beneficios, la octava obediencia y conformidad entera con su santa voluntad, y la nona humildad y paciencia en todos los azotes y trabajos, que nos enviare.

(d) Rom. 12. 1. Corint. 13. (e) Ioan. 13.

#### §. I.

Segun esta órden la primera cosa y mas principal que debemos hacer, es amar á este Señor así como él lo manda: que es con todo corazón, con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas (a). De suerte que todo cuanto hay en el hombre (cada cosa en su manera) ame y sirva á este Señor: el entendimiento, pensando en él; la voluntad, amándole; los afectos, inclinándose á lo que pide su amor; y las fuerzas de todos los miembros y sentidos, empleándose en ejecutar todo lo que ordenare este amor. Y porque desta materia hay un tratado entero en la segunda parte de nuestro Memorial de la Vida Cristiana, ahí podrá ver lo que quisiere della el studioso lector.

La segunda cosa que despues deste sancto amor se requiere, es temor; el cual procede deste mismo amor. Porque cuanto mas amais una persona, tanto mas temeis no solo perderla, sino tambien enojarla: como vemos que lo hace el buen hijo para con su padre, y la buena mujer para con su marido; que cuanto mas le quiere, tanto mas trabaja porque no haya en su casa cosa que le pueda dar pena. Este temor es guarda de la inocencia, y por esto conviene que esté muy profundamente arraigado en nuestra ánima, segun que lo pedia el profeta David, cuando decia (b): Traspasa, Señor, mis carnes con tu temor; porque de tus juicios temí. De manera que no se contentaba este sancto rey con tener el temor de Dios arraigado en su ánima, sino queria tambien tener traspasadas con él su carne y sus entrañas: para que este tan grande sentimiento le fuese como un clavo hincado en el corazón, que le sirviese de perpetuo memorial y despertador para no desmandarse en cosa con que ofendiese los ojos de quien así temia. Por lo cual con mucha razón se dice que el temor del Señor echa fuera el pecado (c); porque cuando se teme mucho la persona, natural cosa es temerse mucho la ofensa della.

A este mismo temor pertenece temer no solo las malas obras, sino tambien las buenas, si por ventura no van tan puras y tan bien circunstanciadas como sería razón: por donde lo que de su naturaleza es bueno, por culpa nuestra deje de serlo. Por lo cual dice Sant Gregorio (d) que de buenas ánimas es temer culpa donde culpa no es; como muestra que la tenia el sancto Job, cuando decia (e): Temía yo, Señor, todas las obras que hacia, sabiendo que no disimulas el castigo de lo mal hecho. A este mismo temor pertenece que cuando estuviéremos en los oficios divinos, y en las iglesias (mayormente donde está el santísimo Sacramento), estemos allí, no parlando, ni paseando, ni derramando los ojos á diversas partes (como hacen muchos); sino con grande temor y acatamiento de aquella imperial Majestad ante quien estamos, la cual por una especial manera assiste en aquel lugar. Estas y otras cosas tales pertenescen á este sancto temor. Y si me preguntares cómo este sancto afecto se cria en nuestras ánimas, á esto digo que la principal raíz de do procede, es el amor de Dios, como arriba tocamos (f), despues de lo cual tambien sirve en su manera para esto el temor servil, que es principio del filial, y así lo introduce en el ánima, como la seda al hilo con que se cose el zapato. Y demas desto ayuda mucho á criar y acrescentar este sancto afecto la consideración destas

(a) Deut. 6. Matth. 22. (b) Psalm. 118. (c) Eccl. 1. (d) 9. Mor. c. 45. 16. 17. Et habetur in c. Consultuit. de observantia jejuniarum. (e) Job. 9. (f) Al principio deste §.

cuatro cosas: conviene saber, la alteza de la divina Majestad, la profundidad de sus juicios, la grandeza de su justicia, la muchedumbre de nuestros pecados; y especialmente la resistencia que hacemos á las inspiraciones divinas. Por lo cual será bien algunas veces ocupar nuestro corazón en la consideración destas cuatro cosas; porque ella es la que sirve para criar y fomentar en nuestras ánimas este sancto afecto: de lo cual tratamos mas á la larga en el capítulo veinte y ocho del libro pasado.

#### §. II.

La tercera virtud que para esto nos sirve, es la confianza: esto es, que así como un hijo en todas las tribulaciones y necesidades que se le ofrescen (si tiene el padre rico y poderoso) está muy confiado que no le ha de faltar el socorro y providencia de su padre, así el hombre ha de tener en esta parte un corazón tan de hijo para con Dios, que considerando cómo tiene por padre aquel en cuyas manos está todo el poder del cielo y de la tierra, esté confiado en todas las tribulaciones que se le ofrescieren, que volviéndose á él, y confiando en su misericordia, le sacará de aquel trabajo, ó lo enderezará para mayor bien y provecho suyo. Porque si esta manera de confianza tiene un hijo en su padre, y con ella duerme seguro, ¿cuánto mas se debe tener en aquel que es mas padre que todos los padres, y mas rico que todos los ricos? Y si dijeres que la falta de servicios y merecimientos, y la muchedumbre de los pecados de la vida pasada te hace desmayar; el remedio es no mirar por entonces á esto, sino mirar á Dios, y mirar á su Hijo, nuestro único Salvador y medianero, para cobrar esfuerzo en él. De donde así como los que pasan un río impetuoso (cuando se les desvanece la cabeza con la fuerza de la corriente) les damos voces, y decimos que no miren las aguas que desvanecen, sino que alcen los ojos á lo alto, y caminarán seguros; así tambien se debe aconsejar á los flacos en esta parte, avisándoles que no miren por entonces á sí, ni á sus pecados pasados. Pues dirás: ¿A qué debo mirar para cobrar esa manera de esfuerzo y confianza? A esto te respondo que mires primeramente aquella inmensa bondad y misericordia de Dios, que se extiende al remedio de todos los males del mundo; y mira tambien la verdad de su palabra, por la cual tiene prometido favor y socorro á todos los que invocaren humildemente su sancto nombre, y se pusieren debajo de su amparo; pues vemos que aun los mismos enemigos que traen bandos unos con otros, no niegan su favor á los que se van á meter por sus puertas y guarescer en sus casas al tiempo del peligro. Y mira otrosí la muchedumbre de los beneficios que hasta agora tienes de su piadosa mano recibidos, y aprende de la misericordia experimentada en las mercedes pasadas, á esperar las venideras. Y sobre todo esto mira á Cristo con todos sus trabajos y merecimientos, los cuales son el principal derecho y título que tenemos para pedir mercedes á Dios; pues nos consta que estos merecimientos por una parte son tan grandes, que no pueden ser mayores, y por otra son tesoros de la Iglesia para el remedio y socorro de todas sus necesidades. Estos pues son los principales estribos de nuestra confianza; y estos los que hacían á los sanctos estar tan firmes en lo que esperaban, como el monte de Sion (g).

Mas es mucho de sentir que teniendo tan grandes motivos (g) Psalm. 124.



tivos para confiar, somos muy flacos en esta parte; pues luego como vemos el peligro al ojo, desmayamos, y nos vamos á Egipto á buscar amparo en la sombra y carros de Faraon (a). De manera que hallaréis muchos siervos de Dios muy ayunadores, y rezadores, y limosneros, y llenos de otras virtudes; mas muy pocos que tengan aquella manera de confianza que tenia Sancta Susanna, la cual estando sentenciada á muerte, y sacándola ya para la ejecucion de la sentencia, dice la Escritura (b) que estaba su corazon confiado en el Señor. Autoridades para persuadir esta virtud, quien las quisiere traer, puede traer aquí toda la Escritura Sagrada: mayormente Salmos, y Profetas; porque apenas hay en ellos cosa mas repetida que la esperanza en Dios, y la certidumbre del socorro para los que esperan en él.

## §. III.

La cuarta virtud es celo de la honra de Dios, esto es, que el mayor de nuestros cuidados sea ver prosperada y adelantada la honra de Dios, y ver santificado y glorificado su nombre, y hecha su voluntad en el cielo y en la tierra: y el mayor de todos nuestros dolores sea ver que esto no se hace así, sino muy al reves. Tal era el corazon y celo que tuvieron los sanctos, en cuyo nombre fueron dichas aquellas palabras (c): El celo, Señor, de la gloria de vuestra casa tiene enflaquecidas mis carnes; porque era tan grande la afliccion que por esta causa sentian, que el dolor del ánima enflaquecia el cuerpo, y corrompia la sangre, y daba muestras de sí en todo el hombre exterior. Y si nosotros tal celo tuviésemos, luego seríamos señalados en las frentes con aquella gloriosa señal de Ezequiel (d); por la cual estaríamos libres de todos los castigos y azotes de la justicia divina.

La quinta virtud es pureza de intencion (e): á la cual pertenece que en todas las obras que hiciéremos, no busquemos á nosotros, ni pretendamos solo nuestro interese; sino la gloria y beneplácito deste Señor: teniendo por cierto que así como los que juegan á la ganaperde, perdiendo ganan, y ganando pierden, así miéntras mas sin interese tratáremos en esta parte con Dios, mas ganaremos con él, y al reves. Esta es una de las cosas que habemos de mirar y examinar en nuestras obras, y de que mayores celos habemos de tener: recelando no se nos vayan por ventura los ojos á mirar en ellas otra cosa que Dios; porque la naturaleza del amor proprio (como ya dijimos) es sutil, y en todas las cosas busca á sí misma. Muchos hay muy ricos de buenas obras, que por ventura cuando sean examinadas en el contraste de la justicia divina, se hallarán faltas desta pureza de intencion, que es aquel ojo del Evangelio, que si es claro, todo el cuerpo hace claro; y si oscuro, todo lo hace oscuro (f).

Muchas personas hay constituidas en dignidad, así en la república como en la Iglesia, que viendo cómo siempre la virtud en semejantes oficios es favorecida, trabajan por ser virtuosos, y vivir á ley de hombres de bien, layando sus manos de toda vileza, y de toda cosa que pueda amancillar su honra; mas esto hacen por no caer de la reputacion en que están; por ser quistos con sus principes; por ser favorecidos y acrecentados en sus oficios, y llevados á otros mayores. De manera que estas obras no proceden de centella viva de amor y temor de

(a) Isai. 50. (b) Dan. 15. (c) Psalm. 118. 68. etc. (d) Ezech. 9. (e) Luc. 11. Si oculus tuus fuerit simplex, etc. (f) Luc. 11.

Dios, ni tienen por fin su obediencia y su gloria; sino solo el interese y gloria propia del hombre. Pues lo que así se hace, aunque á los ojos del mundo parezca algo, en los de Dios es todo humo y sombra de justicia, no verdadera justicia. Porque no son meritorias ante Dios ni las virtudes morales por sí solas, ni los trabajos corporales (aunque sea sacrificar los propios hijos), sino solo este espíritu de amor enviado del cielo, y lo que nasce desta raíz. No habia en el templo cosa que no fuese ó de oro, ó dorada: y así no es razon que haya en el templo vivo de nuestra ánima cosa que no sea caridad, ó vaya dorada con ella. Por donde el siervo de Dios no ponga tanto los ojos en lo que hace, quanto en lo que pretende hacer; porque bajísimas obras con altísima intencion son altísimas; y altísimas con bajísima intencion son muy bajas. Porque no mira Dios tanto al cuerpo de la obra, quanto al ánima de la intencion que procede del amor.

Esto es imitar en su manera aquel nobilísimo y graciosísimo amor del Hijo de Dios, el cual nos pide en su Evangelio (g) que le amemos de la manera que él nos amó: conviene saber, de pura gracia, y sin ninguna manera de interese. Y como entre las circunstancias desta divina caridad esta sea la mas admirable en la persona de Dios, muy dichoso será aquel que en todas las obras que hiciere, trabajare por imitarle. Y el que esto hiciere, sepa cierto que será muy amado de Dios, como muy semejante á él en la alteza de la virtud, y en la pureza de la intencion; pues la semejanza suele ser causa de amor. Por tanto desvie el hombre sus ojos en las buenas obras que hace de todo respecto humano, y póngalos en Dios; y no consienta que la obra que tiene por premio á tal Señor, sirva para solo respecto temporal. Porque así como sería gran lástima ver una doncella nobilísima y hermosísima casada con un carbonero, siendo merecedora de un rey: así lo es, y mucho mas, ver á la virtud merecedora de Dios, empleada en adquirir por ella bienes del mundo.

Mas porque esta pureza de intencion no es fácil de alcanzar, pídale el hombre instantemente en todas sus oraciones á Dios; mayormente en aquella peticion de la oracion del Señor, cuando dice (h) que se haga su voluntad en la tierra como se hace en el cielo; para que así como todos aquellos ejércitos celestiales cumplen la voluntad de Dios con purísima intencion por solo agradecerle, así procure él morando en la tierra imitar esta costumbre y policia del cielo en quanto le sea posible: no porque no sea bueno y sancto, demas del de agradar á Dios, pretender su reino; sino porque tanto será la obra mas perfecta, quanto mas desnuda fuere de todo interese proprio.

## §. IV.

La sexta virtud es oracion, mediante la cual como hijos debemos recorrer á nuestro padre en el tiempo de la tribulacion (como hacen hasta los niños chiquitos, que con cualquier miedo ó sobresalto que tengan, luego acuden á sus padres); para que mediante ella tengamos continua memoria de nuestro padre, y andemos siempre en su presencia, y muchas veces platiuemos con él: pues todo esto está anexo á la condicion y obligacion de los buenos hijos para con sus padres. Y porque desta virtud tratamos en otros lugares, al presente no se ofrece que decir mas.

(g) Ioan. 13. 14. 15. (h) Matth. 6.

La séptima virtud despues destas es hacimiento de gracias, al cual pertenesce que tengamos un corazon muy agradecido á todos los beneficios divinos, y una lengua que la mayor parte de la vida gaste en dar gracias por ellos, diciendo con el Profeta (a): Bendeciré yo al Señor en todo tiempo, y en mi boca estará siempre su alabanza. Y en otro lugar (b): Sea, Señor, mi boca llena de tus alabanzas; para que todo el dia gaste en cantar tu gloria. Porque si siempre está el Señor dándonos vida, y conservándonos en el sér que nos dió, y lloviendo perpetuamente sobre nosotros beneficios con el movimiento de los cielos, y con el continuo servicio de todas las criaturas; ¿qué mucho es estar siempre alabando á quien siempre está conservando, y preservando, y gobernando, y haciéndonos mil bienes? Sea pues este el primero de todos nuestros ejercicios, y por donde (como aconseja Sant Basilio) comencemos ordinariamente nuestras oraciones: de tal manera que á la mañana, y á la noche, y al mediodia, y á todos los tiempos, siempre demos al Señor gracias por todos sus beneficios, así generales como particulares, así de naturaleza como de gracia; y mucho mas por aquel beneficio de beneficios y gracia de gracias, que fué hacerse hombre, y derramar toda cuanta sangre tenia por los hombres (c), y haber querido quedarle mediante el santísimo Sacramento del Altar en nuestra compañía; considerando principalmente en estos beneficios esta circunstancia que acabamos de decir: conviene saber, que es Señor de todo lo criado el que esto hacia, el cual ningun interese podia en todo esto pretender, y así hizo todo quanto hizo por pura bondad y amor. Desta materia habia mucho que decir; pero porque ya della tratamos en otra parte hablando de los beneficios divinos (d), esto bastará para el presente lugar.

## §. V.

De cuatro grados de obediencia.

La octava virtud que para con este celestial Padre nos ordena, es una general obediencia á todo lo que él manda; en la cual consiste el cumplimiento y summa de toda justicia. Esta virtud tiene tres grados. El primero, obedescer á los mandamientos divinos; el segundo, á los consejos; el tercero, á las inspiraciones y llamamientos de Dios. La guarda de los mandamientos de todo punto es necesaria para la salud; la de los consejos ayuda para la de los mandamientos, sin la cual muchas veces suele correr peligro. Porque el no jurar (aunque sea verdad) sirve para no jurar cuando sea mentira; el no pleitear, para no perder la paz y la caridad; el no poseer cosa propria, para estar mas seguro de cobdiiciar la ajena; y el hacer bien á quien nos hace mal, para estar mas léjos de procurarle, ó hacerle mal. Desta manera los consejos sirven como de antemuro á los preceptos; y por esto el que desea acertar, no se contente con la guarda de lo uno, sino trabaje (segun le fuere posible, y segun la condicion de su estado) por guardar lo otro. Porque así como el que pasa un rio impetuoso, no se contenta con atravesar por medio del rio, sino ántes sube hácia arriba, y corta el agua contra la corriente, por estar mas seguro de irse tras ella: así el siervo de Dios no solo ha de poner los ojos en aquello que puntualmente basta para salvarse, sino debe tomar el negocio mas de atras;

(a) Psalm. 35. (b) Psalm. 70. (c) Luc. 18. (d) Al principio deste libro, en el libro de la Oracion en la consideracion del Domingo en la noche.

porque si no saliere con lo que pretende (que es lo mejor), á lo ménos llegue á lo que cumple para su salud, que es lo que basta.

El tercero grado dijimos que era obedescer á las inspiraciones divinas; pues los buenos servidores no solo obedescen á lo que su señor les manda por palabras, sino tambien á lo que les significa por señales. Y porque en esto podria haber engaño, tomando por inspiracion divina la que podria ser humana ó diabólica, por esto nos conviene hacer aquí aquello que dice Sant Joan (e), No querais creer á todo espíritu; sino probad los espíritus si son de Dios. Y para esto (demas del contraste de la Escritura Divina, y de la doctrina de los sanctos, en el cual se han de examinar estas cosas), podrás guardar esta regla general: que como haya dos maneras de servicios de Dios, unos voluntarios, y otros obligatorios, cuando estos acaesciere encontrarse, siempre han de preceder los obligatorios á los voluntarios, por muy grandes y muy meritorios que sean. Y así se ha de entender aquella sentencia tan celebrada de Samuel, que dice (f): Mas vale la obediencia que el sacrificio; porque primero quiere Dios que el hombre obedezca á su palabra, y despues le haga todos los servicios que quisiere, sin perjuicio de su obediencia.

Y por servicios necesarios entendemos primeramente la guarda de los mandamientos de Dios, sin la cual no hay salud. Lo segundo, la guarda de los mandamientos de aquellos que están en su lugar, pues quien á estos resiste, resiste á la ordenacion de Dios (g). Lo tercero, la guarda de todas aquellas cosas que están annexas al estado de cada uno, como son las obligaciones que tiene el prelado en su estado, y el religioso y el casado en el suyo. Lo cuarto, la de aquellas cosas que aunque no sean absolutamente necesarias, ayudan grandemente á la conservacion de las necesarias, porque tambien estas participan alguna manera de necesidad por razon de las otras. Pongamos ejemplo. Tienes tú ya experiencia de mucho tiempo, que cuando cada dia tienes un pedazo de recogimiento para entrar dentro de tí mesmo, y examinar tu consciencia, y tratar con Dios del remedio della, traes la vida mas concertada, y eres mas señor de tí y de tus pasiones, y estás mas hábil y prompto para toda virtud; y por el contrario, que cuando faltas en este, luego desfalleces, y desbarras en muchas faltas, y te ves en peligro de volver á las costumbres pasadas, porque aun no tienes suficiente caudal de gracia, ni estás aun del todo fundado en la virtud; y por esto, como el pobre que el dia que no lo gana, no lo come, así tú el dia que no te dan este socorro de devocion, quedas ayuno, y flaco, y fácil para caer en las cosas menores, que disponen para las mayores. Pues en tal caso debes entender que Dios te llama á este ejercicio; pues ves que comunmente por este medio te ayuda, y sin él sueles desfallecer. Esto digo, no para que entiendas aquí necesidad de precepto; sino necesidad de un muy conveniente medio para mejor responder á tu profesion.

Item, eres regalado y amigo de tí mesmo, y enemigo de cualquier trabajo y aspereza, y ves que por esto se impide mucho tu aprovechamiento; porque por esta causa dejas de entender en muchas obras virtuosas, por ser trabajosas, y desbarras en muchas culpables, por ser deleitables: en este caso entiende que el Señor te llama á la fortaleza, y á la aspereza y mal tratamiento de tu

(e) 1. Ioan. 4. (f) 1. Reg. 13. (g) Rom. 13.



cuerpo, y al trabajo de la mortificación de todos tus gustos y apetitos; pues ves por experiencia lo que te importa este negocio. Desta manera puedes discurrir por todas aquellas obras cuyo ejercicio te hace mayor provecho, y cuya falta te hace mayor falta, y á esas entiende que te llama nuestro Señor; aunque en esto y en todas las cosas debes siempre seguir el consejo de los mayores.

De lo dicho parece que para acertar á escoger no ha de poner el hombre los ojos en lo que de suyo es mejor, sino en lo que para él es mejor y mas necesario; porque muchas obras hay altísimas, y de grandísima perfeccion, que no serán por eso mejores para mí, aunque sean mejores en sí, porque no tengo yo fuerzas para ellas, ni soy llamado para eso. Y por tanto cada uno permanezca en su llamamiento (a), y se mida consigo mismo, y ponga los ojos en lo que mas le arma, y no los extienda á lo que de todo en todo excede sus fuerzas, como lo aconseja el Sabio, diciendo (b): No levantes los ojos á las riquezas que no puedes alcanzar; porque tomarán alas como de águila, y volarán al cielo. Y á los que hacen lo contrario reprehende el Profeta, diciendo (c): Mirastes á lo mas, y convirtiéndose en menos: abarcastes mucho, y apretastes poco.

Esta es la ley que se ha de guardar entre los servicios voluntarios y obligatorios; mas entre los que son voluntarios podrás tener la siguiente. Entre esta manera de servicios unos son públicos, y otros secretos; de unos se nos sigue honra, interés y deleite, y de otros no. Pues entre estos (si quieres no errar) siempre debes tener un poco mas de recelo de los públicos que de los secretos, y de los que traen algun interés que de los que no lo traen. Porque (como ya muchas veces dijimos) la naturaleza del amor propio es muy sutil, y siempre busca á sí mesma aun en los muy altos ejercicios. Por lo cual decía un religioso varon: ¿Sabeis dónde está Dios? donde no estais vos. Dando á entender que aquella era mas puramente obra de Dios, donde no se hallaba interés propio; porque aquí no parece que se busca ni se pretende otra cosa que Dios. Y no digo esto para que de tal manera declinemos á este extremo, que siempre hayamos de acudir á él (porque en el otro puede haber, y hay muchas veces mayor mérito, y mayor razon de obligacion con todos esos contrapesos); sino para dar aviso de las malicias y resabios del amor propio, para que no todas veces el hombre se fie dél, aunque venga con máscara de virtud.

Estos tres grados abraza en sí la obediencia perfecta: los cuales por ventura significó el Apóstol, cuando dijo (d): No querais, hermanos míos, ser imprudentes, sino discretos y avisados para entender cuál sea la voluntad de Dios, buena, agradable y perfecta: donde parece comprender estos tres grados de obediencia; porque buena es la obediencia de los preceptos, y agradable la de los consejos, y perfecta la de las inspiraciones y llamamientos divinos; porque entónces habrá llegado el hombre á la perfeccion de la obediencia, cuando hubiere puesto por obra todo lo que Dios le manda, aconseja é inspira.

A estos tres grados se añade el cuarto, que es una perfectísima conformidad con la divina voluntad en todo lo que ordenare de nosotros; caminando con igual corazón por honra y por deshonor, por infamia y por buena fama, por salud ó por enfermedad, por muerte ó por vida;

(a) 1. Cor. 7. (b) Prov. 23. (c) Agg. 4. (d) Rom. 12.

abajando humildemente la cabeza á todo lo que él ordenare de nos; y tomando con igual corazón los azotes y los regalos, los favores y los desfavores de su mano; no mirando lo que nos da, sino quién lo da, y el amor con que lo da, pues no con menor amor azota el padre á su hijo, que le regala cuando ve que le cumple.

El que estos cuatro grados de obediencia tuviere, habrá alcanzado aquella resignacion que tanto engrandescen los maestros de la vida espiritual: la cual de tal manera sujeta y pone un hombre en las manos de Dios, como un poco de cera blanda en las manos de un artífice. Y llámase resignacion, porque así como un clérigo que resigna un beneficio, totalmente se desposee dél, y lo entrega en manos del prelado para que disponga dél á su voluntad, sin contradiccion del primer poseedor: así el varon perfecto se entrega de tal manera en las manos de Dios, que no quiere ya ser mas suyo, ni vivir para sí, ni comer, ni dormir, ni trabajar para sí; sino para gloria de su Criador: conformándose con su santísima voluntad en todo lo que dispusiere dél, y tomando de su mano con igual corazón todos los azotes y trabajos que le viniere: desposeyéndose de sí, y de su propia voluntad para cumplir enteramente la de aquel Señor cuyo esclavo conoce que es por mil títulos que para esto hay. Así muestra David que estaba resignado, cuando decía (e): Así como un jumento soy, Señor, ante tí, y yo siempre estoy contigo. Porque así como la bestia no va por donde quiere, ni descansa cuando quiere, ni hace lo que quiere, sino en todo y por todo obedece al que la rige; así tambien lo ha de hacer el siervo de Dios, sujetándose perfectamente á él. Esto mismo significó el profeta Isaías, cuando dijo (f): El Señor me habló al oído, y yo no le contradigo, ni doy paso atras; rehusando lo que él me manda por muy áspero y dificultoso que sea. Esto mismo nos enseñan por figura aquellos misteriosos animales de Ezequiel (g), de quien se escribe que á do quiera que sentian el ímpetu y movimiento del Espíritu Sancto, luego se movian con gran lijereza, sin tornar atras: para significar en esto con cuánta prontitud y alegría debe el hombre acudir á todo aquello que entendiere ser la voluntad de Dios. Para lo cual nosolo se requiere prontitud de voluntad, sino tambien discrecion de entendimiento, y discrecion de espíritu (como dijimos), para que no nos engañemos abrazando nuestra propia voluntad por la suya. Antes (regularmente hablando) todo aquello que fuere muy conforme á nuestro gusto, debemos tener por sospechoso; y lo que fuere contra él, por mas seguro.

Este es el mayor sacrificio que el hombre puede hacer á Dios, porque en los otros sacrificios ofresce sus cosas; mas en este ofresce á sí mismo; y cuanto va del hombre á las cosas del hombre, tanto va deste sacrificio á los otros sacrificios. Y en este tal se cumple aquello que Sant Augustin dice: conviene saber, que aunque Dios sea Señor de todas las cosas, mas no es de todos decir aquellas palabras de David (h): Tuyo soy yo, Señor; sino de solos aquellos que desposeídos de sí mismos, totalmente se entregaron al servicio deste Señor, y así se hicieron suyos. Es otrosí esta la mayor disposicion que hay para alcanzar la perfeccion de la vida cristiana; porque como Dios nuestro Señor por su infinita bondad esté siempre aparejado para enriquecer y reformar el hombre, cuando este por su parte no le resiste ni contradice,

(e) Psal. 72. (f) Isai. 50. (g) Ezech. 4. (h) Psal. 115.

ce, ántes se entrega todo á su obediencia, fácilmente puede obrar en él todo lo que quiere, y hacerlo (como á otro David) hombre segun su corazón (a).

## §. VI.

De la paciencia en los trabajos.

Para alcanzar este último grado de obediencia aprovecha mucho la última virtud que al principio deste capítulo propusimos: que es la paciencia en los trabajos que nuestro piadoso Padre muchas veces nos envía, así para nuestro ejercicio, como para materia de merescimiento. A la cual paciencia nos convida Salomon en sus Proverbios, diciendo (b): Hijo mio, no deseches la disciplina y castigo del Señor, ni desmayes cuando eres castigado dél; porque los que él ama, castiga, y huelga con ellos, como padre con sus hijos. La cual sentencia prosigue y declara muy por extenso el Apóstol en la carta que escribe á los hebreos, exhortándolos á paciencia por estas palabras (c): Perseverad, hermanos, en la disciplina y castigo paternal de Dios, considerando que él en esto os trata como á hijos. Porque ¿qué hijo hay que no sea castigado de su padre? Porque si careceis deste castigo, por el cual han pasado todos los hijos de Dios, siquese que sois hijos de otro padre, y no de Dios. Acordáos que nuestros padres carnales nos castigaban y enseñaban; á los cuales teníamos reverencia: ¿pues no será mas razon que obedezcamos al padre de los espíritus, para que vivamos?

Todas estas palabras nos dan claramente á entender cómo el oficio de padres es castigar y emendar á sus hijos; y así el de los buenos hijos ha de ser abajar humildemente la cabeza, y tener aquel castigo por grandísimo beneficio, por testimonio de amor y corazón paternal. Esto nos enseñó con su ejemplo el unigénito Hijo del Eterno Padre, cuando queriendo Sant Pedro librarlo de la muerte, dijo (d): ¿El cáliz que me dió mi Padre, no quieres que beba? Como si dijera: Si este cáliz viniera por otra mano, tuvieras algun color de contradecirlo; mas viniendo por mano de un tal Padre, que tan bien sabe, y puede, y quiere ayudar á los que tiene por hijos, ¿cómo no se beberá tal cáliz cerrados los ojos, sin querer saber mas de que viene por él?

Mas con todo esto hay algunos que en tiempo de paz están á su parecer sujetos á este padre, y conformes en todo con su voluntad; los cuales en el tiempo de la adversidad desmayan, y dan bien á entender que era falsa y engañosa aquella conformidad, pues al tiempo del menester la perdieron: como hacen los hombres pusilánimes y cobardes, que en tiempo de paz muestran grande ánimo, mas al tiempo de la pelea pierden el corazón y las armas. Y pues los combates y tribulaciones desta vida son tan continuas, será bien armar á los tales con espirituales armas, de las cuales se puedan ayudar en los tales tiempos.

Pues para esto primeramente puedes considerar que no igualan los trabajos desta vida con la grandeza de la gloria que por ellos se alcanza. Porque tanta es la alegría de aquella luz eterna, que puesto que no pudiésemos gozar della mas que por una sola hora, debriamos abrazar de buena gana todos los trabajos, y despreciar todos los contentamientos del mundo por ella. Porque, como dice el Apóstol (e), el trabajo momentáneo y liviano de

nuestra tribulacion es materia de un inestimable peso de gloria que por él se nos da en el cielo.

Considera tambien que las cosas prósperas muchas veces estragan el corazón con soberbia, y las adversas por el contrario le purifican con el dolor: en aquellas se levanta el corazón; en estas, aunque esté levantado, se humilla: en aquellas se olvida el hombre de sí mismo, y en estas ordinariamente se acuerda de Dios; por aquellas muchas veces las buenas obras hechas se pierden; por estas las culpas cometidas en muchos años se limpian, y el ánima se conserva para no caer en otras.

Y si por ventura te aprietan algunas enfermedades, debes de presuponer que muchas veces entendiendo nuestro Señor los males que haríamos teniendo salud, nos corta las alas, é inhabilita para ellos con la enfermedad; y mucho mas nos importa estar así quebrantados con la dolencia, que perseverar sanos en nuestra malicia; pues mas vale, como el mismo Señor dice (f), entrar en la vida eterna cojo ó manco, que con dos piés y dos manos ser echados en los fuegos eternos. Porque claro está que nuestro misericordioso Señor no se deleita con nuestros tormentos, mas huelga de curar nuestras enfermedades con medicinas contrarias, para que los que adolecimos con deleites, convalezcamos con dolores, y los que caímos cometiendo cosas ilícitas, nos levantemos careciendo aun de las lícitas. Por donde entenderás cómo aquella soberana bondad se aira en este mundo, por no airarse en el otro; y por eso agora misericordiosamente usa de rigor, porque despues no tome justa venganza. Porque, como dice Sant Hierónimo (g), muy grande ira es no airarse Dios contra los pecadores; y así quien no quisiere aquí ser azotado con los hijos, será en el infierno condenado con los demonios. Por lo cual con mucha razon exclama Sant Bernardo, diciendo: Señor, aquí me quemá, aquí me cauteriza, para que en el otro me perdones. En esto pues verás con cuánta diligencia mira por tí el Criador de todas las cosas; pues no te deja de la mano, ni te suelta la rienda para cumplir tus malos deseos. Los médicos del cuerpo (h) fácilmente conceden á los desahuciados todo lo que desean; mas al que tiene remedio, danle dieta, y mandanle que se refrene de todo lo que le puede dañar. Los padres otrosí quitan á los hijos traviesos el dinero con que juegan: á los cuales despues dejan toda su hacienda. Lo mismo pues hace tambien en su manera con nosotros aquel soberano médico de nuestras ánimas, y aquel que es padre sobre todos los padres.

Allende desto considera cuántas y cuán grandes afrentas sufrió nuestro Redemptor de aquellos mismos que él habia criado; cuántos escarnios, cuántas bofetadas, cuán pacientemente tuvo descubierto su rostro á aquellas infernales bocas de los que le escupian; cuán mansamente dejó traspasar su cabeza con las espinas que le hincaban; cuán de buena voluntad recibió para remedio de su sed aquel amargo brebaje que le dieron; con qué silencio sufrió ser adorado por escarnio; y finalmente con cuánto fervor y paciencia corrió hasta la muerte por librarnos de la muerte. Pues no te debe parecer áspero que tú, vil hombrecillo, sufras los azotes que él te quisiera dar por tus pecados, pues él sufrió tantos por los tuyos, y no quiso salir desta vida sin azotes, viniendo á ella sin pecados; porque así convenia que Cristo pade-

(f) Matth. 18. (g) Super. Psal. 140. ad v. 5. (h) Similitudo D. Gregorij: 21. Mor. c. 4.

(a) 1. Reg. 15. (b) Prov. 3. (c) Hebr. 12. (d) Ioan. 18. (e) 2. Cor. 4.



ciase y entrase en su gloria (a), para enseñar por la obra lo que el Apóstol dice por palabra (b): No será coronado sino el que legítimamente pelear. Por lo cual mucho mejor es sufrir aquí los males presentes con paciencia, donde aprovechan para perdon de la culpa, y acrecentamiento de gloria, que sufrirlos impacientemente con mayor trabajo, y sin esperanza de fruto; pues que quieras ó no quieras, los has de pasar cuando quisiere Dios, á cuyo poder nada resiste.

Mas sobre todas estas consideraciones y remedios añadiré el postrero y mas eficaz: conviene saber, que para conservar esta paciencia ande el hombre siempre reparado y prevenido para todas las adversidades y desgustos que por cualquier parte le puedan venir. Porque ¿qué otra cosa se puede esperar de un mundo tan malo, y de una carne tan frágil, y de la invidia de los demonios, y de la malicia de los hombres, sino continuos desgustos, y sobresaltos no pensados? Pues contra todos estos accidentes ha de andar el varon prudente apercebido y armado, como quien anda en tierra de enemigos; de lo cual sacará dos grandes provechos: el primero, que llevará mas lijera los trabajos, teniéndolos desta manera prevenidos; porque, como dice Séneca, mas blanda suele ser la herida del golpe que se ve de lejos. Lo cual nos aconseja el Eclesiástico, cuando dice (c): que ántes de la enfermedad aparejemos la medicina: que es como quien se sangra en sanidad. El segundo provecho es, que todas las veces que esto hiciere, entienda que hace á Dios un sacrificio muy semejante en su manera al del patriarca Abraham, cuando estuvo aparejado para sacrificar á su hijo Isaac (d). Porque todas las veces que el hombre presupone que ó por parte de Dios ó de los hombres le pueden venir tales, ó tales trabajos ó desgustos, y él como siervo de Dios se dispone y apareja para recibirlos con toda humildad y paciencia; y para esto se resigna en las manos de su Señor, aceptando y tomando dellas todo lo que por cualquier via destas le viniere, como hizo David las injurias de Semeí, las cuales tomó como si Dios se las enviara (e): entienda cierto que cada vez que esto hace, hace un sacrificio muy agradable á Dios; y que tanto merece con la prontitud de la voluntad sin la obra, como con la misma obra.

Para lo cual se debe el hombre acordar que una de las principales partes de la profesion cristiana es esta. Así lo testifica Sant Pedro, diciendo (f): Que ninguno desmaye en los trabajos, pues todos sabemos que para esto estamos diputados. Piense pues el cristiano que vive en este mundo, que es como una roca que está en medio de la mar, la cual es perpetuamente combatida de diversas ondas, pero ella persevera siempre sin moverse en un lugar. Esto se ha dicho tan por extenso, porque como toda la profesion de la Vida Cristiana, segun dice Sant Bernardo (g), se divida en dos partes, que es en hacer bienes, y padecer males: claro está que la segunda es mas dificultosa que la primera, y por esto aquí convenia poner mayor recaudo, donde es mayor peligro.

Mas aquí es de notar que en esta virtud de la paciencia señalan los sanctos doctores tres grados excelentes (aunque cada uno mas perfecto que el otro). Entre los

(a) Luc. 21. (b) 2. Tim. 2. (c) Ecl. 18. (d) Gen. 22. (e) 2. Reg. 16. (f) 1. Petr. 2. (g) Sermon 1. Apostolorum Petri et Pauli, infra medium.

cuales el primero es llevar los trabajos con paciencia; el segundo deseárselos por amor de Cristo; el tercero alegrarse en ellos por la misma causa. Por lo cual no se debe el siervo de Dios contentar con aquel primer grado de paciencia; sino del primero trabajo por subir al segundo, y puesto en este, no descansa hasta llegar al tercero. El primero grado se ve claramente en la paciencia del sancto Job (h); el segundo en el deseo que tuvieron algunos mártires del martirio; el tercero en la alegría que recibieron los Apóstoles por haber sido merecedores de padecer injuria por el nombre de Cristo (i). Y este mismo tuvo el Apóstol, cuando en una parte dice (k), que se gloriaba en las tribulaciones; en otra (l), que se alegraba en sus enfermedades, en angustias, en azotes, etc. por Cristo; en otra (m), donde (tratando de su prision) pide á los filipenses que le sean compañeros en el alegría que tenia por verse preso en aquella cadena por Cristo. Y esta mesma gracia escribe él (n) que fué dada en aquellos tiempos á los fieles de la iglesia de Macedonia, los cuales tuvieron abundantísima alegría en medio de una grande tribulacion que les sobrevino. Este es uno de los altos grados de paciencia, y de caridad, y perfeccion, adonde una criatura puede llegar: al cual grado llegan muy pocos, y por esto no obliga Dios á nadie debajo de precepto á él, así como ni al pasado.

Verdad es que no se entiende por esto que nos hayamos de alegrar en las muertes, y calamidades, y trabajos de nuestros prójimos, ni menos de nuestros parientes y amigos, y mucho menos de la Iglesia; porque la mesma caridad que nos pide alegría en lo uno, nos mueve á tristeza y compasion en lo otro; pues ella es la que sabe gozar con los que gozan, y llorar con los que lloran (o): como vemos que lo hacian los profetas (p), los cuales gastaban toda la vida en llorar y sentir las calamidades y azotes de los hombres.

Pues quien quiera que estas nueve condiciones ó virtudes tuviere, tendrá para con Dios corazon de hijo, y habrá cumplido enteramente con esta postrera y summa parte de justicia, que da á Dios lo que se le debe.

#### CAPITULO XVIII.

De las obligaciones de los estados.

Dicho ya en general de lo que conviene á todo género de personas, convenia decender en particular á tratar de lo que á cada una conviene en su estado; mas porque este sería largo negocio, por agora bastará avisar brevemente que demas de lo susodicho debe tener cada uno respecto á las leyes y obligaciones de su estado, las cuales son muchas y diversas, segun la diversidad de los estados que hay en la Iglesia. Porque unos son prelados, otros súbditos, otros casados, otros religiosos, otros padres de familia, etc. Y para cada uno destes hay una ley por sí.

El prelado, dice el Apóstol (q), que ejercite su oficio con toda solicitud y vigilancia. Y lo mesmo le aconseja Salomon, cuando dice (r): Hijo mio, si te obligaste y saliste por fiador de algun amigo tuyo, mira que has tomado sobre tí una grande carga; y por esto discurre, date prisa, despierta á tu amigo, no des sueño á tus ojos, ni dejes plegar tus párpados hasta poner el negocio en tales términos, que salgas bien desobligacion. Y no te maravilles que este sabio pida tanta solicitud

(h) Job. 1. et 2. (i) Act. 5. (k) Rom. 5. (l) 2. Cor. 11. (m) Philip. 2. (n) 2. Cor. 8. (o) Rom. 12. (p) Hierem. 9. (q) Rom. 12. (r) Prov. 6.

sobre este caso; porque por dos causas suelen tener los hombres grande solicitud en la guarda de las cosas: ó porque son de grande valor, ó porque están en gran peligro; y ambas concurren en el negocio de las ánimas, en tan subido grado, que ni el precio puede ser mayor, ni tampoco el peligro: por donde conviene que sean guardadas con grandísimo recaudo.

El súbdito ha de mirar á su prelado, no como á hombre, sino como á Dios; para reverenciarle, y hacer lo que le manda, con aquella prontitud y devocion que lo hiciera si se lo mandara Dios. Porque si el señor á quien yo sirvo, me manda obedecer á su mayordomo; cuando obedezco al mayordomo, ¿á quién obedezco sino al señor? Pues si Dios me manda obedecer al prelado, cuando hago lo que el prelado manda, ¿á quién obedezco, al prelado, ó á Dios? Y si Sant Pablo quiere (a) que el siervo obedezca á su señor, no como á hombre, sino como á Cristo; ¿cuánto mas el súbdito á su prelado, á quien subjectó el vínculo de la obediencia?

En esta obediencia ponen tres grados: el primero, obedecer con sola obra; el segundo, con obra y con voluntad; el tercero, con obra, voluntad y entendimiento. Porque algunos hacen lo que les mandan; mas ni les parece bien lo mandado, ni lo hacen de voluntad: otros lo hacen, y de buena voluntad; mas no les parece acertado lo que se les manda: otros hay que (captivando su entendimiento en servicio de Cristo) obedescen al prelado como á Dios, que es con obra, voluntad y entendimiento; haciendo lo que les manda voluntariamente, y aprobando lo que se manda humildemente, sin se querer hacer jueces de aquellos de quien han de ser juzgados.

Así que, hermano mio, con todo estudio trabaja por obedecer á tu prelado, acordándote que está escrito (b): El que á vosotros oye, á mí oye; y el que á vosotros desprecia, á mí desprecia. No pongas jamas la boca en ellos; porque no te sea dicho de parte del Señor (c): No es vuestra murmuracion contra nosotros, sino contra Dios. No los tengas en poco; porque no te diga el mesmo Señor (d): No despreciaron á tí, sino á mí, para que no reine sobre ellos. No trates con ellos con falsedad y doblez; porque no te sea dicho (e): No mentiste á los hombres, sino á Dios; y así pagues con arrebatada muerte la culpa de tu atrevimiento, como los que esto hicieron.

La mujer casada mire por el gobierno de su casa, por la provision de los suyos, por el contentamiento de su marido, y por todo lo demas; y cuando hubiere satisfecho á esta obligacion, extienda las velas á toda la devocion que quisiere, habiendo primero cumplido con las obligaciones de su estado.

Los padres que tienen hijos, tengan siempre ante los ojos aquel espantoso castigo que recibió Helí por haber sido negligente en el castigo y enseñanza de sus hijos (f): cuya negligencia castigó Dios, no solo con las arrebatadas muertes dél y dellos, sino tambien con privacion perpetua del summo sacerdocio, que por esto le fué quitado. Mira que los pecados del hijo son pecados (en su manera) tambien del padre, y la perdicion del hijo, es perdicion de su padre; y que no merece nombre de padre el que habiendo engendrado á su hijo para este mundo, no le engendra para el cielo. Castiguelo,

(a) Ephes. 6. (b) Luc. 10. (c) Exod. 16. (d) 1. Reg. 8. (e) Act. 5. (f) 1. Reg. 4.

avísele, apártele de malas compañías, búsquele buenos maestros, críele en virtud, enséñele dende su niñez con Tobías á temer á Dios (g); quíebrele muchas veces la propria voluntad, y pues ántes que nasciese le fué padre del cuerpo, despues de nascido séale padre del ánima. Porque no es razon que se contente el hombre con ser padre de la manera de los pájaros y los animales, que son padres que no hacen mas que dar de comer, y sustentar sus hijos. Séale padre como hombre, y como hombre cristiano, y como verdadero siervo de Dios, que cria su hijo para hijo de Dios, heredero del cielo, y no para esclavo de Satanas, y morador del infierno.

Los señores de familia que tienen criados y esclavos, acuérdense de aquella amenaza de Sant Pablo que dice (h): Si alguno no tiene cuidado de sus domésticos y familiares, este tal negado ha la fe (que es la fidelidad que debiera guardar), y es peor que un hombre desleal. Acuértese que estos son como ovejas de su manada, y que él es como pastor y guarda dellas (mayormente de los que son esclavos), y piense que algun tiempo le pedirán cuenta dellos, y le dirán (i): ¿Dónde está la grey que te fué encomendada, y el ganado noble que tenias á tu cargo? Y llamólo con mucha razon noble, por causa del precio con que fué comprado, y por la sacratísima humanidad de Cristo con que fué ennoblecido; pues ningun esclavo hay tan bajo, que no sea libre y noble por la humanidad y sangre de Cristo. Tenga pues el buen cristiano cuidado que los que tiene en su casa estén libres de vicios conocidos, como son enemistades, juegos, perjuros, blasfemias y deshonestidades. Y demas desto, que sepan la doctrina cristiana, y que guarden los mandamientos de la Iglesia, y señaladamente el de oír misa domingos y fiestas, y ayunar los dias que son de ayuno, sino tuvieren algun legítimo impedimento, segun que arriba fué declarado.

#### CAPITULO XIX.

Aviso primero de la estima de las virtudes, para mayor entendimiento desta regla.

Así como al principio desta regla pusimos algunos preámbulos que para ántes della se requieran, así despues della conviene dar algunos avisos para que mejor se entienda lo contenido en ella. Porque primeramente (como aquí se haya tratado de muchas maneras de virtudes) es necesario declarar la dignidad que tienen unas sobre otras; para que sepamos estimar cada cosa en lo que es, y dar á cada una su lugar. Porque así como el que trata en piedras preciosas, conviene que entienda el valor dellas (porque no se engañe en el precio); y así como el mayordomo de un señor conviene que sepa los méritos de los que tiene en su casa, para que trate á cada uno segun su merecimiento (porque lo contrario sería desorden y confusion): así el que trata en las piedras preciosas de las virtudes, y el que como buen mayordomo ha de dar á cada una su derecho, conviene que para esto tenga muy entendido el precio dellas; para que cuando las cosas se encontraren, sepa cuales ha de anteponer á cuales: porque no venga á ser (como dicen) allegador de la ceniza, y derramador de la harina, como á muchos acontese.

Pues para esto es de saber que todas las virtudes de que hasta aquí habemos tratado, se pueden reducir á

(g) Tob. 1. (h) 1. Tim. 5. (i) Hierem. 15.